

CLASES POPULARES E IGLESIA

LUIZ ALBERTO GÓMEZ DE SOUZA

El documento que presentamos constituye la conclusión provisional de un libro que acaba de aparecer en Brasil (Ed. Vozes, Petrópolis 1982) con el sugestivo título de "Clase Populares e Iglesia en los Caminos de la Historia". Su autor, Luis Alberto Gómez de Souza, es un cristiano brasileño comprometido desde la juventud en los movimientos de renovación del pensamiento y en las luchas populares; científico social, ha colaborado en el surgimiento y afianzamiento de esa Iglesia renovada por el contacto comprometido y fecundante con el pueblo.

Las "conclusiones" que editamos (son de nuestra responsabilidad la traducción y los subtítulos, y hemos omitido las abundantes notas) revisten la forma del ensayo y plantean que la crisis que atravesamos no es coyuntural sino secular y que su significado es el acabamiento de un ciclo histórico y la lenta constitución de una nueva época. Desde esta perspectiva, el autor pregunta por el sujeto histórico emergente. Constata cómo la lucidez va unida a veces a una sensibilidad exquisita que se aferra a paladear los tesoros culturales acumulados y se cierra horrorizada a la posibilidad de una destrucción, aunque sea genésica. Ve a otros grupos intentando en vano conjurar la crisis por la mera fuerza bruta: son los integristas, de cualquier signo, incapaces de una apertura histórica. Y se fija por fin en los "nuevos bárbaros", las clases populares emergentes. Para poder comprenderlas no bastan los instrumentos de análisis consagrados; se hace preciso ampliar sustancialmente el punto de mira, la tónica y los instrumentos de análisis; y para lograrlo es imprescindible la cercanía vital a estos sectores; no sólo como intelectuales orgánicos sino, como dice Ignacio Castillo, "sentimentales orgánicos" de nuestros pueblos.

Entonces analiza Gómez de Souza el papel de la Iglesia en el nacimiento de Europa. Sin embargo esta Iglesia, que apostó entonces por lo que venía de abajo, en el siglo XIX prefirió la gloria del ocaso a los destellos aún informes del alba. Actualmente la Iglesia ha querido abrirse en el Concilio; pero muchas fuerzas en su seno pugnan aún por el mantenimiento de lo que muere. En AL las fuerzas que crearon Medellín y Puebla luchan por unir, según la inspiración original cristiana, la Iglesia al pueblo. Ya se ha adelantado bastante por este camino. ¿Al menos una parte de la Iglesia logrará permanecer fiel a esto que nace o pasará nuestra Iglesia con lo que tiene que morir?

LA PREGUNTA POR EL SUJETO HISTÓRICO

Toda la reflexión hecha hasta aquí apunta en una dirección: la necesidad de transformar radicalmente la sociedad, superando el actual sistema capitalista dependiente y asociado. Muchos análisis ven todo eso apenas en la perspectiva de fuerzas sociales poco definidas, o transformadas en categorías abstractas. Historia de hombres, debe buscar aquellos grupos sociales capaces de operar la transformación. Marshal Wolfe, observador agudo, con larga experiencia en la América Latina, ya lo decía años atrás: "las ideologías de cambio social... que se orientan hacia la acción, deben identificar alguna clase o grupo focal para alcanzar lo que desean". Es lo que falta en estudios de la actual crisis social o económica que tratan de buscar salidas técnicas, cuando ellas, encerradas en la lógica del sistema y ahogadas en los círculos viciosos de sus irracionalidades o impases, no ofrecen soluciones viables. Parecería fácil, entonces, encontrar respuestas en certezas "científicas" de grupos políticos que hacen verdaderos actos de fe en cuerpos de doctrina que conocen a través de manuales simplificados y, por tanto, juzgan "infaliblemente" la situación. Hay también un cierto marxismo mágico, que es una especie de "religión secular", que saca del bolsillo del chaleco las soluciones. Para quien no las acepta, caería la dureza de la intolerancia, en un terrible presagio del autoritarismo que sus autores emplearían para implementarlas si llegasen al poder. La política, en Camboya, de los Kmer rojos, mostró los grados patológicos a que puede llegar el fanatismo de las certezas dogmáticas, y que allí costó millones de vidas. Dios nos libre de ciertos lideratos tan seguros de sus "líneas correctas". La tentación de los analistas más abiertos es, por el contrario, un cierto escepticismo estéril.

SECTORES EN OCASO

Entretanto, la historia, en toda su imprevisibilidad, cami-

na a través de sujetos dotados de fuerza transformadora. Hay, por otro lado, grupos y clases que se agotan, encerrados en los horizontes de sus "pequeños miedos", a los que se refería Mounier, y de sus egoísmos, procurando una felicidad sin costos, acostados en los divanes de sus feticheros o curanderos —los oráculos adivinadores de ayer, los psicoanalistas de hoy—. En esa posición de horizontalidad histórica, enredados en sus problemas menudos, quedan al margen, o piensan prepararse para una libertad o un autoconocimiento que llegará demasiado tarde, cuando las cosas ya hayan cambiado y el mundo se vuelva completamente extraño a su sensibilidad y a sus necesidades auto-alimentadas por una enorme compasión para consigo mismos, a la que se refería el misántropo genial Fernando Pessoa, expresión ella misma, poéticamente insuperable, de un profundo cansancio personal e histórico.

Los sectores en ocaso crean y tienen grandes intuiciones —es la belleza de los barrocos, al término de períodos históricos—. Mas es la creación del fin, el arabesco que gira sobre sí mismo, la sutileza del arte morisco de Granada en sus últimos momentos de decadencia y de increíble belleza plástica, así como en su ansia por gozar de la vida "antes del diluvio".

POSTURAS ANTE EL CAMBIO DEL CICLO HISTÓRICO

Y esas expresiones que se repiten en todos los finales de ciclos históricos contrastan con la rudeza de los sujetos que emergen, toscos, ásperos, implacables a veces, pero que irán a crear con mano fuerte lo que vendrá después. Es sólo comparar el arte románico de la Europa Occidental, piedra mal cincelada, con el perfeccionismo primoroso de la Alhambra. Pero ese románico indica el vigor de los bárbaros que venían para quedarse, y destruían a su paso una Roma ocupada en sus holganzas y en endulzar la vida en que se disipaba.

Un autor sutil y penetrante, que siempre temió la "rebelión de las masas", aristócrata de pensamiento y de sensibilidad, Ortega y Gasset, veía así la Roma encerrada en el pequeño círculo del tiempo de los Antoninos: "hora de mediodía, que el hombre antiguo gozó bajo Trajano, Adriano, Antonio Pío, Marco Aurelio". Mas "luego, inmediatamente... sin más y sin tiempo para respirar ni para una pausa, vino el diluvio, la ruina del mundo antiguo... En tanto que las clases superiores seguían ocupadas en gozar las cosas que les quedaban..., en las clases inferiores comenzó la fermentación". Aparece una "multitud de hombres extraños... van contra la riqueza de los ricos, el orgullo de los poderosos; van contra los sabios, contra la cultura constituida... Para ellos, quien tiene más razón, quien vale más, es precisamente el que no sabe nada, el que no tiene nada, el simple, el pobre, el humilde, el profano". Y en esos "propagandistas demagógicos", el autor citado detecta un grupo especial: los proselitistas cristianos, unos extremistas. Y entre ellos uno, San Pablo, con plena consciencia del "radicalismo subversivo que llevaba en la idea cristiana. No es invención mía, pero San Pablo es... un extremista". Gasset va a encontrar un ejemplo de "extremismo" en la lectura del apóstol Pablo en su Primera Epístola a los Corintios: "Está escrito: Yo destruiré la sabiduría de los sabios... es por la locura del mensaje como Dios quiere salvar a los creyentes... predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles". Eso decía él en uno de sus cursos universitarios en 1933, presintiendo ya el ciclón que caería sobre España. Para él, nuevos bárbaros estaban a las puertas de su país, y su sensibilidad y solidaridad social se oponían a ellos, con el temor de quien procuraba refugio en el "ensimismamiento", para huir de las furias de la historia española, tan dolorosa y anunciando un retroceso inminente.

VIVIMOS UN FIN DE EPOCA

Nuevamente hoy vivimos un fin de época. El historiador Fernando Braudel, en uno de los más estimulantes libros escritos en los últimos años, prevé que entramos, a partir de 1973-1974, en una de aquellas "crisis seculares" que sólo tienen paralelo con la de 1350 o la de 1650. Puntos terminales de periodos históricos, una resurgió cien años después en el Renacimiento, y la otra en el dinamismo de la Revolución Industrial. No son, pues, crisis económicas pasajeras —como la de 1929— o pequeños terremotos sociales. Es algo más profundo y radical, conmociones que mueven la sociedad desde sus bases, no dejando mucha cosa en su lugar. Durante ellas caen las viejas estructuras de la sociedad, y se derrumban también las teorías explicativas, los "paradigmas científicos", las seguridades, las "summas" y las visiones de totalidad.

LOS NUEVOS BARBAROS

¿Quiénes serán los constructores de la nueva historia? Sería fácil echar el fardo a los jóvenes que vendrán, renunciando a encontrar respuestas en los laberintos de la crisis. Ciertamente, los "nuevos bárbaros" ya están ahí, fuertes y creadores, sólo que su lenguaje y su apariencia contrastan demasiado con los modelos a que las clases dirigentes y las academias se acostumbraron. Nuestra apuesta —y en el fondo es una enorme apuesta, no una previsión absolutamente segura, aunque tenga elementos de fuerte previsibilidad— es que el nuevo sujeto son las clases populares emergentes, a través de su cultura, su resistencia, sus luchas y su enorme creatividad. Para verlas mejor en el Brasil, es preciso ampliar el concepto, saliendo de la dicotomía proletario-campesino, para descubrir los grupos y fracciones reales que surgen en nuestra historia. Los propios fundamentos teóricos tienen que ser revisados. Una perspectiva estrecha que las define solamente a través de la producción directa de "plusvalía", deja de lado sec-

tores importantes (pequeños propietarios, colonos) e integra otros que tendrán ciertamente una función necesaria, como veremos después, pero en otra posición social (los técnicos, los profesionales asalariados, etc.). Tal vez hay, inclusive, maneras indirectas, en los mecanismos de la explotación, de participar de varias maneras en la producción de "plusvalía".

Pero lo fundamental en el Brasil es descubrir los grupos sociales explotados capaces de una consciencia y de una práctica de lucha, de solidaridades y de desafíos. Y vivimos en un país de intensa movilidad, donde un pequeño propietario del Nordeste será mañana un colono en el Norte y después un obrero o un subempleado en Sao Paulo, y retornará a veces, cerrando el círculo, a su mundo rural. Es imposible, entre nosotros, delimitar las fronteras entre lo urbano y lo rural, en esas migraciones permanentes de millones de personas y en la invasión del mundo rural por la televisión y otros medios de comunicación, mezclándose con creencias y ritos seculares, dejando atónitos a los antropólogos que ven sus folklores transformados y sincretizados (¿caso todas las tradiciones no fueron siempre, o casi siempre, resultado de un sincretismo anterior y de una permanente mezcla de ritos y creencias?).

CIVILIZACION Y BARBARIE

Es de ese pueblo, aliado a sectores medios también explotados, de donde fluye una enorme savia de potencialidad creadora. ¿Cómo hacer eso compatible con un mundo técnico-científico cada vez más exigente? No nos olvidamos que la historia no es lineal y que, si los bárbaros del siglo IV destruyeron Roma, al mismo tiempo se romanizaron, como antes Roma al invadir a la Grecia decadente, se helenizó hasta las raíces. El mundo de la informática no se opondrá al mundo de las clases populares emergentes, sino tendrá que ponerse a su servicio, para no estallar en pedazos. Nuestros bárbaros no son sinónimo de lo que entendemos por "barbarie". Y entonces los técnicos, los profesionales, podrán redescubrir una función insustituible como puente entre el enorme conocimiento de un mundo que muere y la rudeza de un mundo que nace. ¿No está ahí una de las intuiciones fuertes de nuestro "intelectual orgánico", al servicio del nuevo sujeto emergente? Y no podemos dejar de descubrir la creatividad de un arte —supongamos, la música— que puede no ser popular en su origen, pero que se une a la causa del pueblo.

El Padre Henrique de Lima Vaz, analizando el mundo de hoy, percibe que se vuelve "hacia las tradiciones orales, hacia el 'ethos' que rige la práctica de la socialidad espontánea, hacia la cultura popular, hacia la resistencia a las racionalidades científico-técnicas...", lejos del optimismo teilhardiano de hace dos décadas. Pero es entonces, indica él, cuando autores como Teilhard de Chardin invitan para que, además del "inmediatismo pragmatista", nos alcemos "a la altura de la audacia especulativa", para mirar un poco más adelante. Y lo teórico-científico y la reflexión de la gran historia son entonces absolutamente indispensables. Fue, de otro modo, la contribución fecunda de Carlos Marx, tratando de dar organicidad teórica a una práctica histórica que veía nacer. En ese sentido, y rasgando aún más los horizontes marxistas, es como podemos recuperar, además del pensamiento de Teilhard, varias de las ideas de Maurice Blondel y su "filosofía de la acción", y la reflexión comprometida de Emmanuel Mounier, falseada y empobrecida por algunos de sus seguidores sin creatividad.

TEMAS, ENFOQUE E INSTRUMENTOS DE ANALISIS

El pensamiento al servicio de un nuevo sujeto, fuerte e imprevisible, tiene que hacerse abierto, no dogmático, y en reelaboración constante. Nada más lejos de eso que los integristas que brillan desde la derecha fascista hasta la izquierda intolerante, desde Charles Maurras a los camaradas José Stalin y Enver Hodja. En eso, Rosa, Lenin y Mao fueron

muchos más dialécticos. También tuvieron que ser asimiladas las críticas a todo lo que simplifica y hace maniqueísta el pensamiento, integrando procesos de liberación que brotan de los lugares más inesperados y dentro de los propios muros del sistema. Los movimientos feministas y el movimiento negro tienen una enorme capacidad de lucha y de poner en el orden del día temas sobre los cuales la izquierda ortodoxa se escabulló cuidadosamente y que colocan sobre el tapete problemas de la mayor relevancia. Son aliados imprescindibles para cuestionar las dominaciones del orden burgués. Los temas de la sexualidad y de la liberación del cuerpo, tal vez a veces vistos en una óptica individualista pobre, no pueden seguir siendo problemas tabús que asustan a quien tiene el deber de enfrentar todos los desafíos reales y fecundos que van surgiendo. Otra reivindicación imprescindible es la de recuperar e integrar profundamente las ideas de libertad y de democracia, que nacieron en tierras liberales y hoy son patrimonio universal. La izquierda puede y debe reivindicarlas como suyas, como lo ha hecho Carlos Nelson Coutinho, y alejar la tentación de cualquier tipo de autoritarismo.

Los instrumentos de análisis deben ser repensados, también sin miedo, detectando fallas, conceptos sujetos a nuevas formulaciones, etc. Rosa Luxemburgo ya preveía eso sin pánico alguno, pocos años antes de su asesinato, al comienzo del siglo, refiriéndose a los debates entre marxistas: "Temperamentos sensibles lamentarán, una vez más, que 'los marxistas se combatan entre ellos', que se ataquen 'autoridades' de prestigio. Pero el marxismo no es una docena de personas que se conceden unas a otras el derecho de actuar como 'expertos', y ante las cuales la masa de los creyentes tenga que morir con confianza ciega. El marxismo es una concepción revolucionaria que lucha constantemente para alcanzar nuevos conocimientos, que odia, sobre todo, el estancamiento en fórmulas fijas, que conserva su fuerza viva y creadora, en el choque al nivel del espíritu de las armas de la propia crítica y en medio de los rayos y tormentas históricas. Por eso estoy de acuerdo con Lessing, que escribía a Reimarus: '¡Qué se va a hacer! Que cada cual diga lo que buenamente entienda y que la propia verdad sea encomendada a Dios'".

LOS CRISTIANOS ENTRE EL ALBA Y EL OCASO

Ortega se refirió, en el texto citado antes, a la presencia de los cristianos en el nacimiento del mundo nuevo de los primeros siglos. Hace algunos años, pensando en la participación de ellos en la historia, decíamos: "¿Quién prevería, en el siglo V, que la Iglesia, que parecía decaer en Roma y prácticamente desaparecería en el Norte de África donde tanto creciera, iba a renacer en los bordes occidentales de la nación germánica, para su aventura medieval?". Ya citamos en capítulos anteriores el llamado profético y solitario de Federico Ozanam en 1848, para que los cristianos hiciesen lo mismo que en aquellos tiempos en que dejaron caer "el trono apollado de Bizancio: 'Pasemos a los bárbaros', esto es, a la clase trabajadora. Su voz no fue ni siquiera oída, por una Iglesia solidaria con la monarquía y aún sin comprender el dinamismo de la Revolución Francesa; traumatizada por el terror de los jacobinos. Cuando, en 1891, el Papa León XIII, superando los tiempos conservadores de Gregorio XVI y de Pío IX y sus condenaciones a las libertades, habló de los problemas sociales como de "cosas nuevas" (Rerum Novarum), eso podía ser novedad para el mundo cristiano, encerrado en sí mismo. Pero era un viejo problema para un socialista francés cuyo padre luchara en la Comuna de París veinte años antes y cuyo abuelo o bisabuelo estuviera en las barricadas de 1848, año del llamado de Ozanam y de la redacción del Manifiesto Comunista. Y por eso no fue de admirar que Pío XI, el siglo siguiente, hablase del "gran escándalo del siglo XIX" (para la Iglesia): el perder la clase obrera. Incluso, un año después de publicar su encíclica social, León XIII tuvo que

escribir una dura carta a los cardenales franceses obligándoles a aceptar la inevitable república! La historia es un manojo de contradicciones. La Iglesia, que vivió intensamente la construcción del mundo medieval, y en eso fue adecuada a su tiempo, quedó presa en él y no supo salir para nuevos compromisos.

UNIR LA IGLESIA AL PUEBLO

Entre nosotros, el Padre Julio María tuvo una clara intuición en un artículo que preparó en los últimos meses del siglo XIX: "Como en el mundo entero, hoy en Brasil no hay, no puede haber sino dos fuerzas: la Iglesia y el pueblo... la cuestión social... es la cuestión por excelencia, porque ella afecta los intereses fundamentales del hombre y de la sociedad... (hay que) mostrar los pequeños, a los pobres, a los proletarios, que ellos fueron los primeros llamados por el Divino Maestro, cuya Iglesia fue luego, desde su inicio, la Iglesia del pueblo;... en fin, unir la Iglesia al pueblo". El poeta español exiliado León Felipe, viajando por la América Latina al comienzo de los años cuarenta, escribía con amargura: "No vi iglesias realmente nuevas... en ningún pueblo de América. Vi iglesias hechas por buhoneros para dar sombra y apoyo a buhoneros". Hoy su veredicto simplificado tendría que ser menos taxativo. Hay una pastoral popular, que brota con una vitalidad enorme. Esta Iglesia, tantas veces desfasada, tiene hoy, en la América Latina, una increíble oportunidad de encontrarse con su tiempo y con el futuro. No siempre estamos conscientes de esa potencialidad y de esa enorme responsabilidad ineludible. El sujeto histórico emergente coincide con el sujeto preferencial de la opción de Puebla. De ahí el enorme dinamismo de la vida eclesial. Por ella pasa la fuerza de la historia que se va creando. Es el mismo "potencial evangelizador de los pobres" (núm. 1.147 del documento de Puebla), que parece ir preparando nuevos rumbos para otra sociedad. Quien no percibe ese movimiento que sube, quien no lee la historia "a partir del pueblo", sólo puede sentir pesimismo o caer en el pánico. Sectores cada vez más significativos de la Iglesia parecen haber intuido la novedad, expresión actualizada de una "Buena Nueva" que se hace y rehace en el tiempo, desde dentro de las circunstancias más diferentes: "anunciar la Buena Nueva a los pobres" y a través de los pobres.

Y es aún en Ortega, a pesar de la resistencia de él a lo popular, donde podemos buscar una distinción para entender la relación Iglesia y Sociedad. Para él los diferentes actores de la historia pueden ser apenas contemporáneos, esto es, coincidir cronológicamente, o, por el contrario, más profundamente, ser coetáneos, vivir las mismas solidaridades, ver el mundo desde la misma "altura vital". No basta vivir uno junto al otro, a veces con indiferencia, más frecuentemente en conflicto. Es necesario convivir, compartir esperanzas y luchas, comprometerse juntos.

HORIZONTE UTOPICO, PACIENCIA HISTORICA Y CULTURA POPULAR

En la dirección del raciocinio que venimos haciendo, la pastoral popular no es apenas uno de los sectores de una pastoral de conjunto más universal. Es por ella por donde pasa la universalidad de la salvación del mundo, salvación histórica y escatológica al mismo tiempo. En 1960, el Padre Henrique C. de Lima Vaz, responsable de abrir tantos horizontes a nuestra generación, en un artículo escrito en un periódico de estudiantes, hablaba de la "consciencia cristiana y responsabilidad histórica" y trataba de descubrir "el cristianismo en la dirección axial de la historia: del pequeño mundo a la aventura cósmica". Y terminaba citando a Mounier en su *L'Affrontement chrétien*: "El pequeño y encogido miedo nos cobija en el ancladero de las tranquilas enseñadas del pasado,

donde los mástiles vegetan en la tranquilidad de todos los compromisos. El coraje lúcido y generoso eleva el gesto hacia la lejanía, al viento de los grandes espacios libres, abriendo en el palo mayor la gran vela para la ruta hacia la más alta estrella".

En varios capítulos nos referimos al horizonte utópico que la fe devela y que no permite que nos fijemos en certezas hechas. Es ese el horizonte hacia el cual el pueblo mira y donde siente la fuerza de alguna cosa más al frente y más por encima. Y canta en el ofertorio de las celebraciones litúrgicas por el Brasil de la periferia:

Ofrecemos el hombre que espera
por esta nueva era
de vida en plenitud.

Ofrecemos la meta y la búsqueda
la lucha dura
entre lo "viejo" y lo "nuevo",
la noche oscura del pueblo
y la madrugada
de la Resurrección.

Y el estribillo va repitiendo entre cada estrofa:

Ofrecemos al Señor
un mundo nuevo
el futuro de su pueblo.

Esa fe que mira lejos, tiene al mismo tiempo las raíces en las luchas permanentes del pueblo, en su día a día concreto. Pero integra también los elementos de lo cotidiano, de la gratuidad, de la celebración, de la fiesta, del encuentro interpersonal y grupal. Más arriba, citando a Antonio Machado, decíamos que la historia no sigue el ritmo de nuestras impaciencias. Pero el pueblo tiene una enorme y densa paciencia histórica, fruto de siglos de sufrimiento. Sólo que no es una paciencia pasiva y fatalista —aunque elementos fatalistas no dejen de mezclarse en una conciencia contradictoria y escindida—. Es una paciencia que va armando sus acciones, desde la resistencia en la lucha, sin perder la esperanza. El dominado, un día descubre las amarras que le sujetan, y las rompe con fuerza y decisión.

Eso pocas veces fue descrito con tanta claridad, precisión y belleza poética como por un cantante, hombre del pueblo de Goiás, en su canción del "carreiro":

Na canga do boi de carro
tem gente amarrado lá.
Gente, fiao é boi de carro
pra carro de boi puxar.
Gente tem mente que gira,
mente que pode girar.

Gira a mente do carreiro
a canga pode quebrar.

Nuestra generación de jóvenes de 1960 procuraba los caminos del "mundo nuevo". El choque de 1964 echó por tierra ilusiones románticas, desilusionó a muchos, hizo a otros arriesgarse en aventuras sin futuro, mas a unos pocos, en medio de tantos equívocos y dudas, les fue apareciendo un sendero, que el pueblo, en sus comunidades de base, en sus organizaciones locales, de barrio, sindicatos y partidos, en sus experiencias concretas, va marcando, ocupando posiciones en la sociedad civil, venciendo barreras, superando incomprensiones hasta de posibles aliados. Y eso fue llevando a lo que Carlos Rodríguez Brandao tan bien sintetizó: "la certeza de que este universo de cultura y religión populares tiene su lógica propia y produce su propio sistema de articulación de un orden apetecible de cambios sociales y simbólicos —entre la solidaridad y el conflicto— que el pueblo inventó desde el núcleo de su propio modo de vida, y cuya máxima utilidad, si es preciso buscar alguna, es saber retraducir este orden, sus valores y el empeño de sus hombres en partir de él para la construcción de otro, donde otra cultura popular escriba, en prosa y en verso, en canto y en danza, la historia de la vida de un pueblo más libre y más feliz".

Y ese pueblo es un pueblo religioso, con una enorme capacidad de creer y revitalizar la Fe. La historia y la Iglesia pueden ser transformadas, convertidas por él, que canta, celebra y reza:

Yo escuché
los clamores de mi pueblo
y pensé en un mundo nuevo
que está en el corazón...

Tú tienes
un futuro en la frente

.....
Dios tiene un plan
para que tú lo realices.

Y el estribillo del canto religioso nuevamente indica:

Ven, caminante,
hay un camino por caminar.

La "caminata", término tan empleado, no está hecha, sino que es todo un proceso por descubrir e inventar. Y un poco más lejos, en el espacio y en el tiempo, viene la confirmación en la poesía cristalina y pura de Antonio Machado:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar.

La Organización Popular avanza;
celebreemos juntos nuestros logros y esperanzas

DIA DE LA ACCION POPULAR

Domingo 16 de enero, 9. J a.m.

Kioskos de comida - artesanía - publicaciones -
teatro - danzas - música - audiovisuales - minitalleres

Te esperamos en la sede central de CESAP:

San José del Avila a San Isidro (al lado de la abadía).

San José del Avila. Caracas.